

BARBARIE --- Benito González

Capítulo I

No era aún media tarde del último día de año cuando la oscuridad llegaba arropada por un intenso y desolador frío. El invierno había hecho aparición en los últimos días con una fuerza desproporcionada.

El miedo a todo lo dejado atrás, se hacía sentir en los rostros tristes y apesadumbrados de las gentes, pidiendo el milagro de poder cruzar las aguas del Rin antes de que el frío congelara a todos.

El año 406 d.C. llegaba a su fin. Un inmenso grupo humano, huyendo de las hordas llegadas de Asia –los hunos– se habían desplazado hasta el *limes* romano para poder entrar en el imperio y con ello conseguir la protección necesaria del ejército de Roma.

Hasta la aparición de las grandes heladas, los vándalos llegados desde las zonas ribereñas del Vístula y el Oder hasta el norte de Bohemia, habían solicitado al imperio la autorización para adentrarse en sus tierras, pero sus súplicas habían sido desoídas, por lo que llevaban cinco años huyendo.

Roma esperaba que se mantuvieran en las zonas de asentamiento actuales, pero la brutal presión de los hunos a sus espaldas había forzado la llegada de otros pueblos, como los suevos y los alanos. Los primeros eran uno de los pueblos germánicos y los segundos habían habitado las tierras al noroeste del mar de Azov, a lo largo del río Don, ampliando sus tierras hasta el bajo Danubio. Masacrados por los hunos, en su huida se unieron a los suevos en busca de una protección que les fue empujando hacia el Rin, hasta esa noche terrible de final de año.

Kurt había llegado con sus siete hijos y su mujer desde la región de la Baja Silesia, obligado a abandonar su ciudad natal –Wroclaw– como muchos otros ciudadanos, en busca de protección. Atrás habían quedado sus padres y en el camino fueron perdiendo a hermanos y familiares que, arrastrados por distintos grupos humanos y por el paso de la huida, se habían ido quedando atrás o habían marchado delante, pero les habían perdido.

Al llegar a las orillas del gran río la búsqueda de todos ellos había sido, de momento, infructuosa.

La gran cantidad de pueblos asentados en esa ribera, cuya frontera comprendía desde el norte de Maguncia hasta la Alsacia, les había tranquilizado ya que en algún lugar de esa extensa línea divisoria sus familiares deberían encontrarse y estar preparados para cruzar al otro lado del *limes*.

Los puentes romanos, fuertemente vigilados por las legiones del imperio impedían el acceso y todos esperaban el permiso para adentrarse en las tierras de los galos.

Capítulo II

Sobre un gran manto de nieve, la noche negra y fría se cernía como una losa sobre los que esperaban la muerte, helados, al otro lado del *limes*, en la densa y oscura orilla del viejo Rin.

Sacriit bajo la improvisada caseta que servía de hogar y que, aunque, evitaba la nieve y no lo hacía así con los vientos helados, reunió a sus hijos en torno a ella y a su esposo Kurt.

Habían llegado exhaustos, en un grupo de unas doscientas personas, buscando poder adentrarse en la Galia pero se habían encontrado con gentes de su misma tribu, los *vandalius*, esperando al igual que ellos la autorización para encontrar una salida a ese obligado éxodo de sus tierras.

No había provisiones, solo el pequeño fuego con el que intentaban calentarse en la congelada noche del 31 de diciembre.

Agobiados por el momento, la pareja se miraba con profundo desasosiego: habían nacido para luchar y sobrevivir pero no para morir inmóviles ante el hielo y el inmenso frío.

—Pronto todo habrá pasado —comentó tiritando Sacriit—. Arrimaos bien, hijos, que esta noche será difícil de cruzar.

Se agruparon, intentando darse calor unos a otros. Kurt miró a su mujer, sabía que más de uno de sus siete hijos no llegarían al nuevo día. El más pequeño, Wolf, no paraba de llorar por hambre y frío, sus escasos seis meses de vida le convertían en el blanco más fácil para esa hora de muerte.

Annika, una de las pequeñas, se quedó inmóvil. Kurt al verla levantó las pieles que cubrían ampliamente su cuerpo y metió a la niña para que sintiera su calor. Todos asustados comenzaron a moverse inquietos, sabían que algo estaba ocurriendo con la pequeña. Mientras, la madre comenzaba a llorar amargamente.

— ¡Juntaos hijos! —gritaba desesperada—. ¡Daos calor!

Miró el escaso fuego, que todavía quedaba dentro de la improvisada cabaña. Faltaba aún un rato largo hasta el amanecer.

Kurt y Sacriit tenían siete hijos, cuatro varones y tres mujeres: Primero llegaron al mundo dos chicos, Gutram y Ansarico; luego nació la primera niña, Audeca; otro niño, Ragmundo, fue el cuarto para continuar con dos niñas más, Annika y Gosvinta y, por último, el pequeño Wolf.

Kurt había colocado a la pequeña en su pecho y poco a poco comenzaba a reaccionar. El calor del hombre por un instante había salvado a la niña de la congelación.

Agarró con fuerza la mano de su compañera, después se puso en pie y sin dejar de tener bajo su casuca a la pequeña Annika, se apretó bien el cordel que hacía de cinto.

—¿Adónde vas con este frío? —preguntó nerviosa Sacriit.

—A por leña para el fuego, si no, no veremos el nuevo día —respondió el hombre.

—Voy contigo, padre —dijo Gutram, el mayor de los hijos.

Ambos salieron al exterior de la diminuta choza, la oscuridad era intensa. Corrieron hacia el murmullo de las voces y, tras una pequeña loma, descubrieron varias hogueras enormes iluminando la noche. Alrededor, sin poder dormir, cientos de personas en varias filas formaban círculos para poder recibir esa vida que proporcionaba el fuego.

En el camino encontraron varios cuerpos helados, ya sin vida.

—¡Ayudadnos! —sonó una voz agónica, a escasos pasos de ellos.

Padre e hijo se acercaron al árbol de dónde provenía la voz, allí, sentada en el frío suelo, una joven sujetaba a un niño de corta edad en los brazos.

—¡Salvad a mi hijo! —suplicó entre dientes, mientras se lo ofrecía a Kurt.

El hombre, arrodillándose, tomó al niño en brazos, notó su frío al tocarlo, después acarició el rostro de la joven, que parecía sonreír, y sus ojos se fueron cristalizando.

—¿Está vivo? —preguntó Gutram—. Solo nos faltaba tener que cuidar de una rata como esa.

—¡No hijo, y no hables así de los seres humanos! —respondió el padre entre lágrimas, volviendo a dejar con suavidad al niño sobre la madre, mirando a su hijo con reproche por su cruel comentario.

Se levantaron y siguieron en busca de leña o algo con lo que poder avivar los rescoldos de su pequeño habitáculo.

Kurt era un hombre alto, de enorme espalda y grandes manos; su larga y rubia cabellera caía sobre sus hombros; del lado izquierdo de la cabeza le colgaban dos trenzas finas que estaban formadas para recordar siempre a sus padres. Sus ojos, de un azul celeste intenso,

atraían a todo aquel que se le acercaba; sus labios gruesos, bien formados y su sonrisa limpia, a pesar de que varias muelas ya le faltaban, pero que al sonreír no se apreciaban; una espesa barba hacía de su rostro un ser muy varonil. Se había dedicado siempre a la agricultura, sus padres le habían enseñado todo al respecto. Fue educado en la creencia arriana, la cual había transmitido a sus siete hijos y a su mujer, Sacriit quien, en un principio, había creído en dioses paganos.

A escasos metros encontró una pequeña fogata que aún ardía, junto a la cual había algún tronco y maderas sin quemar. Los recogieron rápidamente y Kurt los colocó en los brazos de su hijo.

—Vete rápidamente a avivar el fuego, enseguida iré yo.

El joven acató la orden del padre y salió corriendo hacia su familia, mientras Kurt fue revisando los cadáveres para quitarles ropa y enseres que pudieran calentar y servir a su familia.

Cuando regresó a la pequeña cabaña, el fuego tímidamente comenzaba a crecer. Sacriit miró a su hombre que venía con un montón de pieles que había arrebatado a todo cadáver que encontró en el camino. Sonrió a su mujer y comenzó a repartir entre sus hijos aquellas nuevas prendas de abrigo. Sacó de debajo de su casuca a Annika que, con el calor del cuerpo de su padre y a pesar de los constantes movimientos, se había quedado dormida.

Gutram se puso en pie y se acercó a tocar una de las pieles, levantó la vista hacia su padre.

—¿Es de...? —intentó preguntar.

—Sí—respondió rápidamente Kurt—. Ponte esto encima —dijo, dirigiéndose a Sacriit y dándole inmediatamente después una piel para el pequeño Wolf, la cual fue reconocida al momento por el hijo mayor.

El fuego y las prendas recién puestas devolvieron el calor al grupo. Cuando estaban intentando dormirse, un murmullo extraño comenzó a llegar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sacriit.

—Iré a ver —respondió Ansarico, segundo de los hijos.

Enseguida el niño volvió gritando.

—¡Están cruzando el Rin!

—¿Cómo cruzando el Rin? —preguntó inquieto Kurt.

—El río se ha congelado y las gentes lo están cruzando a pie, se ha abierto el camino hacia la Galia —respondió el niño entusiasmado.

Kurt miró a su mujer. Después de comprobar lo que decía el niño, comenzó a desmontar las telas que cubrían la pequeña choza donde se refugiaban.

—¡Vámonos! —exclamó con firmeza—. Vosotros —dijo, dirigiéndose a los dos hijos mayores—, coged a los pequeños que nosotros llevaremos a Gosvinta y Annika.

Los nueve se encaminaron hacia el Rin. Al otro lado aguardaba una vida nueva, esperanzadora, llena de posibilidades pero sobre todo, de protección ante las hordas asiáticas por las legiones romanas.

Capítulo III

La escasa caza en la época de fríos, permitía solo alimentarse con caldos a base de verduras. Alrededor de la vieja mesa se encontraba Hevia con sus cinco hijos: tres chicos mayores, Leyo, Tanasio y Ladio, y dos niñas que eran además las pequeñas, Gadia y Xana.

La pequeña Xana apenas tenía unos nueve meses. Estaba en brazos de su hermano mayor Leyo quien a pesar de solo tener siete años, había asumido la responsabilidad de ayudar a su madre mientras el padre, Fano, se hallaba en sus largas ausencias, al pertenecer a la legión “Hispania” de Roma.

La palloza donde vivían había sido habitada durante siglos por la familia de Fano. Junto a ella, un gran huerto servía de alimento principal para todos; la abundancia de agua del río Ibias aportaba pesca y cuando llegaba Fano, su destreza para la caza permitía durante un tiempo alimentarse de carne.

A pesar de sus largas ausencias, la tranquilidad de habitar un lugar apartado de las nuevas ciudades que habían emergido en el imperio romano proporcionaba una vida sin ningún tipo de sobresaltos, donde el día a día era casi siempre igual ya que adentrarse por aquellas tierras era prácticamente imposible: las calzadas romanas pasaban a lo lejos. Cecos era el poblado más cercano y estaba a media jornada a pie.

Se respiraba paz y una calmada felicidad. Hevia sabía que debía educar a sus hijos mayores en las labores de la agricultura y en el cuidado del escaso ganado que tenían. Tierra para labrar y crear familia había de sobra por aquellos lugares y podría tenerlos cerca en todo momento.

El interior de la palloza solo contenía una mesa alargada, varios bancos donde sentarse, dos camastros de paja donde dormir y la chimenea que constantemente estaba encendida, ya fuera para la comida o para mantener el calor dentro del hogar.

—Pronto llegarán las lluvias y con ellas la siembra —comentó, como casi todas las noches, Hevia a sus hijos—. Traerá consigo el esfuerzo de trabajar bien la tierra para que la cosecha sea buena, ahora que con la pequeña Xana somos uno más.

—Y yo —comentó celosa Gadia.

—Aquí todos sois pequeños menos yo —exclamó sonriendo Leyo, mientras sus dos hermanos Tanasio y Ladio miraban recelosos—. Pronto me iré con padre a conocer las tierras que existen más allá de las montañas, al otro lado del valle.

—Eso lo decidirá en su momento tu padre, hasta entonces cuidarás de tus hermanos —se impuso Hevia, haciendo sonreír con malicia a los pequeños.

Hevia había nacido en Salmantica, una pequeña ciudad por donde pasaba la calzada romana desde Emérita a Astúrica. La legión romana de Hispania pasaba frecuentemente por las tierras del Tormes y allí había conocido a su hombre.

Habían pasado ya quince años desde que la convenció para dejar aquella zona árida para ir a ese vergel donde se encontraba ahora. En un principio se sintió sola, pero con la llegada de los hijos fue admirando y disfrutando aquella paz que le proporcionaba su hogar. Él apenas paraba cuando regresaba, lo justo para estar unos días con la familia y dejarla embarazada. Llevaba ya un año fuera y no conocía a la pequeña Xana.

Hevia tendría unos 32 años, estatura mediana, pelo castaño largo y rizado, sus ojos negros parecían adentrarse en la noche, sus labios eran carnosos y pequeños, su amplia cintura con fuertes y redondos muslos.

Le gustaba narrar a sus hijos las historias antiguas que sus padres, en su lejana ciudad, le habían contado. Pero, sobre todo, le encantaba recoger hierbas y dárselas a los conejos que tenía para comprobar si eran comestibles y así, de no causar efecto en los animalitos, las aprovechaba para dar de comer a sus hijos.

A sus padres nunca más volvió a ver, el viaje hacia las tierras del sur duraría al menos dos semanas en tiempo bueno y eso era impensable. Sólo le quedaba el recuerdo de ellos y las pequeñas historias que contaba a sus hijos, que ella misma iba alargando con anécdotas nuevas inventadas.

Hevia se levantó y salió a la noche, el camino estaba oscuro y tenebroso, este final de año sin su hombre dejaba en ella la eterna sensación de soledad. Detrás de ella los hijos fueron saliendo uno a uno.

—Meteos dentro que hace malo —pidió la madre.

Tanasio agarrando la mano de su madre con ternura le preguntó.

—¿Por qué lo elegiste a él?

La madre miró a su segundo hijo. Mientras los demás esperaban una respuesta, fue recorriendo con la vista cada uno de sus rostros.

—¡Para que vosotros vinierais a llenar mi vida, sin él no estaríais a mi lado!

Se hizo el silencio.

— ¿Y dónde está padre? —preguntó Gadia con su suave voz.

—Seguro que está de camino para estar con nosotros —respondió la madre, tragando saliva para contener las lágrimas—. Ahora vamos para dentro, que hace mucho frío.

Fueron entrando madre e hijos. Tanasio fue el último en hacerlo; antes de cerrar la puerta miró a lo lejos, el cielo seguía encapotado pero, a través los oscuros nubarrones, un pequeño haz de luz avanzaba hacia el camino; entre las sombras algo se movía a gran velocidad, el niño se frotó los ojos para observar lo que se acercaba y de pronto gritó:

—¡Un jinete, viene un jinete madre!